

ciencia ficción y fantasía

# nueva dimensión / EXTRA



ROBERT A. HEINLEIN

## Tropas del Espacio

Robert A. Heinlein en su obra mas polémica.

El decano de ciencia ficción, el escritor que ha reunido mayor numero de Premios Hugo y el autor leído incluso por quienes no son aficionados al genero no ofrece aquí la novela de un soldado... de dentro de dos siglos, con su adiestramiento y su forma de pelear.

Heinlein con mano maestra, nos describe cómo su personaje aprende a respetar el principio de autoridad y cómo paga carísimo su gusto por la libertad

**REVISTA DE CIENCIA FICCIÓN Y  
FANTASÍA**

**A cargo de:**

Nestor R. Gutierrez

*Director Periodista:*

Oswaldo Aguilar

*Colaboradores:*

Sebastian Martinez

Domingo Santos

Luis Vigil

*Corresponsales:*

Austria: Kurt Luif

Estados Unidos: Forrest J. Ackerman

Gran Bretaña: Jean G. Muggoch

México: Luis Vázquez

Rumanía: Ion Hobana

Uruguay: Marcial Souto

EXTRA Número 12 / Septiembre  
1976

# TROPAS DEL ESPACIO

He aquí la historia de un joven de 18 años, durante el Siglo XXII, que ansioso por servir, se enrola en las tropas de combate en medio de un alarmante futuro para la Tierra. Adiestrado para la lucha por un sargento duro y eficiente, de un muchacho vulgar logra convertirse en un infante móvil, y en este cambio llega a comprender la relación que existe entre el deber y la libertad. Y se une al combate cósmico por el mundo que ha aprendido a amar; y lucha en increíbles batallas contra el don más precioso de todos: la supervivencia.

A «Sarge» Arthur George Smith, soldado, ciudadano, científico...  
a todos los sargentos que se esforzaron para hacer  
verdaderos hombres de muchachos imberbes.

## NOTA HISTÓRICA

W. Rodger Young fue un soldado 148, de la 37 División de Infantería, los «Castaños de Ohio», nacido en Tiffin (Ohio), el día 23 de abril de 1918; murió el 31 de julio de 1943, en la isla de Nueva Georgia, de las islas Salomón, en el Sur del Pacífico, al atacar y destruir él sólo un nido de ametralladoras enemigo. Su pelotón ya había sido abatido por el fuego de aquel mismo fortín y el propio Young se encontraba herido por la primera ráfaga. Mientras se arrastraba hacia el nido de ametralladora fue herido por segunda vez pero continuó avanzando, al tiempo que disparaba su rifle. Ya cerca del fortín lo atacó y destruyó con granadas de manos, pero en esta acción resultó herido por tercera vez y encontró la muerte.

Su valeroso e intrépido comportamiento frente a tan abrumadora superioridad enemiga dio lugar a que sus compañeros se pusieran a salvo, por lo cual fue condecorado, a título postumo, con la Medalla del Honor.

Desde la batalla de Maratón  
hasta Porkchop Hill  
ha surgido una casta de hombres  
sobre cuya espalda pesan  
los deberes y creencias  
de su mundo particular.

## I

¡Avanzad, pedazos de mono! ¿Queréis  
vivir eternamente?

*Un sargento desconocido, 1918.*

Siempre noto escalofríos antes de cada salto. Naturalmente, había recibido las inyecciones y la correspondiente preparación hipnótica, por lo que resulta lógico que realmente no tenga miedo. El psiquiatra de la nave ha comprobado mis ondas cerebrales después de hacerme necias preguntas durante mi sueño y me dice que no es miedo, que no es nada importante; simplemente es el temblor de impaciencia que experimenta un caballo de carreras cuando aguarda la salida. Pero lo cierto es que me encuentro disparatadamente asustado cada vez que salto.

A las D-menos treinta, después de habernos reunido en la sala de lanzamientos del «Rodger Young», nuestro jefe de pelotón nos pasó revista. No era nuestro habitual jefe de pelotón, porque el teniente Raszak causó baja en nuestro anterior lanzamiento; él era realmente, el sargento de a bordo Jelal, el auténtico sargento profesional. Jelly, un tipo turco-finés, oriundo de Iskaner, cerca de Próxima, era un hombrecillo trigueño con visos de escribiente, pero a quien yo he visto coger a dos aguerridos soldados, tan corpulen-

tos que precisaba ponerse de puntillas para alcanzarlos, cascar sus cabezas como si fueran nueces y tener que retirarse hacia atrás cuando se desplomaban.

A pesar de ser sargento, fuera del servicio, no era malo. Incluso podía llamársele «Jelly»<sup>[1]</sup> en sus propias narices. No los reclutas, por supuesto, pero sí aquellos que hubieran hecho al menos un salto de combate con él.

Pero en estos momentos estaba de servicio. Cada cual nos habíamos inspeccionado nuestro equipo de combate («porque en ello va nuestra piel, ¿sabéis?»); el jefe accidental del pelotón ya nos había revistado cuidadosamente después de reunimos y ahora lo estaba haciendo Jelly, su cara pensativa, sus ojos atentos al menor detalle. Se detuvo junto al hombre que había frente a mí y oprimió el botón de su cinto que daba una lectura de su estado físico.

—¡Fuera de la fila!

—Sarge, pero si sólo es un resfriado. Dice el médico...

Jelly le interrumpió.

—¡No hay sarges que valgan! —estalló—. El médico no va a hacer ningún salto, ni tú tampoco con treinta y ocho y medio de fiebre. ¿Crees que tengo tiempo de ponerme a discutir contigo antes del lanzamiento? ¡Fuera de la fila!

Jenkins se marchó de nuestra vista, con aire triste y furibundo, y yo también me sentí malo. A causa de la baja del teniente, durante el anterior salto, y como el personal ascendía, yo era ayudante del jefe de la segunda sección en este salto y ahora iba a tener un hueco en mi sección, sin forma de cubrirlo. Eso no es nada agradable; significa meterse en algo penoso, pedir ayuda y que nadie te la preste.

Jelly no descartó a nadie más. En seguida se puso delante de todos, nos miró de arriba abajo y sacudió tristemente la cabeza.

—¡Qué pandilla de monos! —refunfuñaba—. Puede que si todos desapareciérais en este salto, podrían empezar de nuevo y formar el grupo que el teniente esperaba sacar de vosotros. Pero no es probable, con la clase de reclutas que

hay hoy día —de pronto se irguió exclamando—: ¡Pedazos de mono!, quiero recordaros que cada uno de vosotros, incluyendo armas, municiones, instrumentación, entrenamiento y todo lo demás, incluyendo la comida con que os atiborráis, ha costado al Gobierno más de medio millón por cabeza. Si a esto le añadimos los treinta centavos que de hecho valéis, la suma no puede ser mayor —nos echó una mirada fulminante—. ¡Así que a ver cómo lo ganáis! Podemos permitirnos el lujo de derrochar los fantásticos trajes que lleváis puestos, pero no podemos despilfarrar vuestras vidas. En este grupo no quiero héroes; al teniente no le habría gustado. Tenéis una misión que cumplir; saltad, cumplidla y estad con los oídos bien abiertos al toque de llamada. Permaneced atentos para saltar, por números, en el momento del rescate. ¿Entendido?

Nos echó otra mirada feroz.

—Se supone que todos conocéis el plan. Pero algunos no han sido aptos para la hipnosis, de forma que lo explicaré. Saltaréis en dos oleadas, en orden abierto, a intervalos calculados de dos mil metros. Nada más llegar, hacedme saber vuestra situación, conservando los puestos y distancias con el compañero de escuadra por ambos lados, mientras os ponéis a cubierto.

Cuando hayan pasado diez segundos, atacad y destruid todo lo que haya a mano, mientras se lanzan los flancos. (Me estaba hablando a mí; como ayudante de jefe de sección, yo quedaría en el flanco, sin nadie a mi lado. Empecé a temblar).

«Cuando ellos ataquen, ¡enderezad las líneas! ¡cerrad los intervalos! ¡brid el fuego! Doce segundos. Entonces avanzaréis por saltos, números pares e impares, mientras que los ayudantes de jefe de sección llevan la cuenta y dirigen el movimiento envolvente —(me miró a mí)—. Si esto se hace debidamente, que lo dudo, los flancos establecerán contacto cuando se oiga la llamada de rescate... Entonces, todos para casa. ¿Alguna aclaración?

No hubo preguntas; nunca las había.

—Una palabra más —continuó—. Esto es una incursión, no una batalla. Es una demostración de nuestra potencia de fuego para amedrentar al enemigo. Nuestra misión consiste en hacerle ver que somos capaces de destruir sus ciudades —si queremos— y de que no se encuentra seguro, a pesar de que no hagamos un bombardeo total. No hagáis prisioneros. Sólo mataréis en caso imprescindible. Pero toda la zona que ataquemos debe quedar arrasada. No quiero que ningún gandul de vosotros vuelva a bordo con bombas de sobra. ¿Entendido? —lanzó una mirada feroz—. Los «Camorristas de Rasczak» tienen que mantener su reputación. El teniente me encargó antes de morir su deseo de que no os perdiera de vista un solo minuto... ¡y espera que resplandezca vuestro nombre!

Jelly lanzó una mirada al sargento

Migliaccio, Jefe de la primera sección.

—Cinco minutos para el padre —dijo.

Algunos de los muchachos se salieron de la fila y fueron a arrodillarse ante Migliaccio. No era necesario que fueran de su misma religión; había musulmanes, cristianos, gnósticos, judíos y todos aquellos que deseaban escuchar su palabra antes de un lanzamiento. He oído decir que existían unidades militares cuyos capellanes no luchaban al lado de los demás, pero jamás lo he comprendido. ¿Cómo puede un capellán glorificar una cosa que él no quiere hacer? De todos modos, en la Infantería Móvil, todo el mundo se lanza y todo el mundo lucha: capellán, cocinero y hasta el viejo escribiente. Una vez que nos lanzásemos por el tubo, no quedaría un solo «Camorrista» a bordo, excepto Jenkins y, naturalmente, no era culpa suya.

Yo no me acerqué al padre. Tenía miedo de que alguien pudiera notar el temblor que me embargaba, si lo hacía, y, de todos modos, el padre echaría su bendición sobre mí en cualquier parte que me encontrara. Pero él mismo se acer-

có a mí cuando estuvo libre del último rezagado y pegó su casco al mío para hablar en privado.

—Johnnie —dijo bajito— éste es tu primer salto como ayudante provisional de jefe de sección.

—Sí.

Realmente yo no era más ni menos provisional en mi puesto que Jelly en el suyo.

—Escucha esto, Johnnie. Ya conoces tu misión; cúmplela sin excederte. No trates de ganar ninguna medalla.

—Oh, gracias, padre. Así lo haré.

Añadió algo apacible en una lengua ignorada para mí, me dio un golpecito en el hombro y corrió a ocupar el puesto de su sección.

—¡Atención, todos a sus puestos! —gritó Jelly.

Todos quedamos preparados.

—¡Pelotón!

—¡Sección! —se oía el eco de Migliaccio y Johnson.

—¡Por secciones, a la puerta de estribor, dispuestos para saltar!

—¡Sección! ¡Ocupen las cápsulas! ¡Adelante!

—¡Escuadra! —tuve que esperar a que las escuadras cuarta y quinta maniobraran con sus cápsulas y descendieran por el tubo de lanzamiento, hasta que apareciera la mía en el transportador para introducirme en ella. Me pregunté si aquellos veteranos temblarían también al entrar en su Caballo de Troya. ¿O sólo me ocurría a mí? Jelly inspeccionaba cada hombre cuando era encerrado en su cápsula y él mismo cerró la mía. Mientras hacía esto, se inclinó hacia mí y me dijo:

—Tranquilízate, Johnnie. Sólo se trata de un ejercicio.

Se cerró la trampilla superior y me quedé solo. ¡Conque sólo un ejercicio, eh! Empecé a temblar inevitablemente.

Luego, en mis auriculares oí la voz de Jelly desde el tubo de la línea central.

—¡Atención al salto, «Camorristas de Raszak»! ¡Contacto!

—¡Diecinueve segundos, teniente! —oí responder al capitán de la nave en su alegre voz de contralto. No me gustó que le llamara «teniente» a Jelly. A decir verdad, nuestro teniente estaba muerto, y puede que Jelly obtuviera su ascenso... pero nosotros seguíamos siendo los «Camorristas de Rasczak».

—Suerte, muchachos —añadió la voz del capitán, que era una mujer.

—Gracias, capitán.

—¡Atense todos! ¡Cinco segundos!

Yo me até bien con las correas de sujeción, pero mi temblor era más intenso que nunca.

Cuando te descargan te sientes mejor. Pero hasta entonces, permaneces allí sentado, en completa oscuridad, emparedado como una momia frente a los efectos de la aceleración, sin apenas poder respirar. Sabes que sólo hay nitrógeno a tu alrededor dentro de la cápsula, por si te diera la idea de quitarte la escafandra, pero no puedes hacerlo, y que dicha cápsula está rodeada por el tubo de lanzamiento y que si la nave se estrella antes de que te lancen no tendrás tiempo ni de rezar y te llegará la muerte allí donde te encuentras, impotente e inmóvil. Es esta interminable espera en las tinieblas lo que te hace temblar, pensando que se han olvidado de ti... que la nave ha sido alcanzada y permanece en órbita, muerta, y que pronto lo estarás tú también, incapaz de moverte, asfixiándote. O que se va a estrellar, y tú con ella, si es que no te achicharras en el descenso.

Luego tuvimos que experimentar la conmoción del frenado de la nave, y yo dejé de temblar. Yo diría que fueron ocho o tal vez diez «gees». No es nada confortable ir a bordo cuando el piloto de una aeronave es una mujer; por muchas cuerdas de sujeción que lleves, sacarás magulladuras por todas partes donde te amarres. Sin embargo, reconozco que las mujeres son mejores pilotos que los hombres; sus reacciones son más rápidas y pueden tolerar más

«gees». Son capaces de entrar y salir de la aceleración en menos tiempo y, por consiguiente, mejoran la suerte de todos, incluyendo la suya. Pero, sin embargo, no es muy divertido que digamos el que te golpeen la columna vertebral cuando pesas diez veces más de lo normal.

Pero debo reconocer que el capitán Deladrier conoce su oficio. Tan pronto como el «Rodger Young» dejó de frenar, se acabaron las trepidaciones. En seguida la oí decir:

—¡Tubo de la línea central, fuego! —y se produjeron dos topetazos de retroceso al ser despedidos Jelly y su accidental jefe de pelotón, e inmediatamente añadió—: Tubos de babor y estribor, ¡fuego automático!

El resto de nosotros, empezamos a ser disparados. ¡Bump!, vuelve a sacudir, exactamente igual que los cartuchos alimentando la recámara de un arma automática, con la diferencia de que los cañones del arma eran tubos gemelos de lanzamiento incorporados al transporte de tropas espaciales y cada cartucho era una cápsula lo suficientemente grande de por sí para alojar dentro a un infante de marina con todo su equipo de combate.

¡«Bump»!; antes yo estaba acostumbrado a contar tres disparos, pero en esta ocasión era el vagón de cola, el último después de tres escuadras. Resultaba una tediosa espera, aunque se disparase una cápsula cada segundo. Traté de contar los estruendos. ¡«Bump»!, doce, ¡«bump»!, trece, ¡«bump»!, catorce... éste hizo un sonido raro (era la cápsula vacía donde debía ir Jenkins), ¡«bump»!...

Y ¡«clang»!... me había llegado el turno y mi cápsula se alojó en la recámara; luego, ¡«bump»!, sacudió una explosión con tal fuerza que la maniobra de frenado del capitán al lado de aquello parecía un golpecito amistoso.

Luego, de repente, nada.

Nada, en absoluto. Ningún sonido, ninguna presión, ningún peso. Flotando en la oscuridad... una caída libre, tal vez a treinta millas de altura, por encima de la atmósfera real, cayendo ingravidamente hacia la superficie de un pla-

neta al que no había visto nunca. Pero ahora ya no tiemblo; lo más devastador de todo es la espera anterior. Una vez que te disparan, ya nada te importa, porque si algo va mal todo sucederá tan aprisa que encontrarás la muerte sin apenas notarlo.

Casi de golpe sentí que la cápsula se sacudía y oscilaba, luego se estabilizaba en su descenso de forma que mi peso se dejaba notar sobre mi espalda. Este peso se fue acentuando rápidamente hasta experimentar el peso normal máximo (0,87 «gee», según nos habían dicho) en aquel planeta, cuando la cápsula alcanzara la velocidad terminal en las finas capas de la atmósfera superior. Todo piloto que sea un verdadero artista (y nuestro capitán lo era) hará una aproximación y frenará en forma tal que la velocidad de lanzamiento, al ser uno lanzado por el tubo, le sitúe inmóvil en el espacio relativo a la velocidad rotatoria del planeta en aquella latitud. Las cápsulas cargadas pesan bastante; su acción es violenta a través de los vientos elevados y sutiles de la atmósfera superior, sin que sean desviadas notoriamente de su formación, pero igualmente un pelotón está condenado a dispersarse en el movimiento de caída y perder la perfecta formación que llevaban cuando se dispararon. En cambio, un mal piloto puede empeorar más aún las cosas, dispersando un grupo de ataque sobre un área demasiado extensa, con lo cual se imposibilita el agrupamiento de la tropa a la hora del rescate y hace más difícil llevar a cabo la misión. El infante sólo puede combatir cuando le hayan llevado al campo de operaciones; en cierto modo, supongo que los pilotos son tan esenciales como nosotros mismos.

A juzgar por la suavidad con que mi cápsula entraba en la atmósfera, pude saber que el capitán nos había depositado en nuestra zona cero con toda la precisión que podíamos desear. Me sentí dichoso; cuando descendimos, no sólo lo hacíamos en perfecta formación, sino que no habíamos desperdiciado un segundo de tiempo. Un piloto que